

TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



El reto de la participación

Los estudios sobre los principales problemas que aquejan a la sociedad mexicana muestran que el primer lugar lo ocupa la inseguridad. Si en un tiempo este lugar le correspondió al desempleo, en los últimos años la percepción de la inseguridad derivada de la delincuencia y el crimen organizado se ha instalado en el ánimo colectivo como la principal traba del desarrollo económico, social y político. Eso es particularmente peligroso para una democracia como la nuestra que ha luchado denodadamente por su consolidación. En días pasados un ciudadano me preguntaba si era plausible que la inseguridad estuviera auspiciada por los principales partidos para tratar de ganar las elecciones. Si bien no hay ninguna evidencia al respecto, me parece grave que la población empiece a relacionar ambos temas: elecciones e inseguridad. Cuando se llega a un estado de miedo generalizado las tentaciones autoritarias surgen por doquier. Otro ciudadano angustiado decía que él no asistía a manifestaciones contra la inseguridad por miedo a represalias. Y afirmaba: “tengo muchos amigos que ya no quieren ser visibles públicamente por miedo a ser objeto de secuestros”. Esto, insisto, parece generalizarse.

En ciudades como Tijuana comienza a ser común lo que inició en los años ochenta en la Ciudad de México. Cuando se tocaba el tema, todos conocían a alguien o tenían un familiar o ellos mismos habían pasado por experiencias delictivas como robo, secuestro, extorsión o cualquier tipo de problemas. Eso conduce a la paranoia y a la individualización

progresiva de la sociedad: miedo, desconfianza, encierro y “cada quien a lo suyo”. Se destruye la solidaridad, el trabajo en común, se desconfía del vecino, se rechaza la vida pública. Comienzan a proliferar ideas acerca de la necesidad de gobiernos autoritarios capaces de “meter en cintura a la delincuencia”.

Estos asuntos me preocupan por su relación con la vida política y por el momento por el que atraviesa nuestro país. La democracia es joven; todavía tenemos asignaturas pendientes. Venimos de largas décadas donde la ciudadanía asociaba la actividad política con una mala palabra; las elecciones con el fraude. Hemos ido construyendo diques para contener a la desconfianza: por eso son tan costosos los comicios. No ha quedado de otra; el financiamiento a los partidos políticos tiene que ser público; el peligro del dinero mal habido acecha a las campañas. Los mismos partidos políticos viven procesos de transformación para enfrentar las nuevas condiciones abiertas por la democracia: la competencia sin la paternidad del presidencialismo. Pese a la edad de la mayoría, empiezan a aprender a caminar sin muletas; tienen que saber cómo sobrevivir con otras reglas del juego. La máxima autoridad electoral, el Instituto Federal Electoral, apenas recién es un quinceañero. Hay un antes y un después de la creación del IFE; es la institución que goza de mayor legitimidad y prestigio entre todas las instituciones públicas. Es un referente confiable en medio de los peligros antidemocráticos.

La democracia requiere de la participación

ciudadana. Es el único antídoto contra muchos de los males que nos aquejan. Pero las acechanzas a la vida pública están ahí y cada vez son más estridentes: se materializan en la inseguridad y en toda la cadena de retraimiento social que generan. El miedo, la zozobra, son el caldo de cultivo para los mesianismos y las soluciones autoritarias. Por ello, la acción ciudadana tiene que reconducir el rumbo que parece extraviado. El reclamo ciudadano permite que los gobernantes no se duerman en sus laureles; que se comprometan a resolver los problemas, que rindan cuenta de sus acciones, que rectifiquen el rumbo. Pero también, permite que la corrupción no invada a las instituciones.

La primera tarea democrática es la de elegir a quienes habrán de gobernarnos. Una amplia participación permite el compromiso de los candidatos y la lucha entre ellos por ganar votos. La participación obliga a que los candidatos le den sustancia a las promesas; de otra manera el voto se pierde: el anhelo puesto se evapora. Pero la participación también conduce a la obligación de presentar programas viables y a la rendición regular de cuentas. El sufragio forma y educa a los ciudadanos; los hace corresponsables por el camino que tomen los gobiernos. La formación ciudadana informada permite erradicar la corrupción y la discrecionalidad de las acciones de gobierno. El sufragio nos ayuda a crear conciencia de la necesidad de revisar las cuentas gubernamentales, a cuidar los recursos públicos, a meter en cintura a quienes lucran desde el poder. Decidámonos a participar, a ser ciudadanos, a consolidar nuestra democracia.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte.